# ADIOS A LA FAMILIA

# ADIOS A LA FAMILIA

Es propiedad

Impreso en Chile por Imprenta Alfa.

Arancibia Hnos. Impresores.

### BRAULIO ARENAS

## ADIOS A LA FAMILIA

A NTONIETA tenía cuatro amigas: Leonor era su amiga de la infancia; Carmen era la amiga de la música y de la ópera; Eliana, su compañera para el cine; y Olga, la que corría con ella en bicicleta.

La joven se entusiasmaba con los fonógrafos, con las películas de Greta Garbo, con el vértigo del pavimento, con los recuerdos infantiles.

Ella sonreía siempre; sonreía porque escondía un secreto.

Para no entorpecer la buena marcha de nuestro relato, diremos que el secreto de Antonieta era el amor.

- El secreto la dividía en dos partes, como un rostro frente a un espejo.

Antonieta sufría y sonreía. Los padres y las amigas sólo la veían sonreír.

Intentaremos describir a Antonieta ahora que va corriendo en bicicleta. Su suelto pelo era el velamen. Sus firmes piernas constituían su sonrisa; sus manos fijas en el manubrio, la tempestad.

Olga va a su lado. Es el instante de la confesión. Antonieta se muerde los labios para acallar su secreto.

Paran las máquinas en la avenida. Descienden las dos, revisan los frenos. Antonieta se aprovecha del trabajo para decirle a Olga:

-Estoy enamorada.

Nada más. Olga espera que su amiga continúe. Pero Antonieta sólo sabe agregar:

-Los frenos están bien, vámonos.

Parten. Contentas, amigables, risueñas, las dos jovencitas emprenden el viaje interrumpido. Pronto, dejando atrás las tinieblas, las iluminan los faros de los hogares.

Llegan. Son vecinas. En la puerta de su vivienda, Antonieta se vuelve a Olga, la abraza, retrocede unos pasos, y añade:

—No debes decírselo a nadie. Soy muy desgraciada. Amo a Leopoldo. No me preguntes nada, déjame sola. Adiós.

Entra apresuradamente. Olga hace un vago ademán de asombro:

—Así que a Leopoldo, ¿no? —dice entre alegre y malhumorada.

Pero, ¿quién es Leopoldo? ¿Quién es este cruel señor que así hace tan desdichada a Antonieta? ¿Quién es la razón de ser de sus secretos?

Si ustedes lo permiten, hablaremos de Leopoldo en el capítulo siguiente .

A ISLA es la señorita sin familia, ya lo sabéis. Su tarea consiste en recoger náufragos. Leopoldo contempla la isla en la litografía de la sala de billares. Unas gaviotas vuelan por el recinto. La más audaz de ellas se posa en el hombro del joven. Ha venido por la corriente de aire del ventilador. Leopoldo acaricia la gaviota, la retiene durante unos segundos. Después la echa a volar nuevamente. Ahora la gaviota está muy distante del cerebro que la imaginó y de la mano que la guardaba.

Leopoldo toma el remo y rema por el océano del billar. Ciertamente que la vocación marítima permite que el joven atraviese océanos polares, soporte rudas tempestades, converse con sirenas, para llegar a encontrar el asilo de la isla. Navega. Los compañeros de juego le despiden con alegres exclamaciones. Ninguno de ellos se atreve a remar tanto. A la orilla del mar comentan la odisea.

-Morirá, aseguran, morirá muy joven.

Leopoldo sonrie.

—No importa, exclama. La suerte está echada. Debo cumplir mi deber.

Pronto los jugadores le pierden de vista. La vida de Leopoldo es sólo conjeturas. Los jugadores están sujetos a la veracidad de un sobreviviente.

Leopoldo refiere el viaje realizado.

—Eliana es rubia, comenta. Y tiene dos años más que yo.

Los jugadores le escuchan en silencio. Se maravillan con estas historias. Leopoldo hace una pausa. Aspira el humo de su cigarrillo con delectación, con hábitos de marinero, sabiamente, y añade:

-Pero yo tengo un año más que Carmen.

A su alrededor los camaradas le observan. Escuchan la historia alucinante. Para ellos, Carmen es una sirena; Eliana, el nombre de una isla.

—Eliana quiere llevar las cosas hasta el casamiento, dice.

Guiña un ojo fanfarronamente. Con movimientos aprendidos de antemano, se lleva la jarra de cerveza a la boca. Los que le escuchan no pierden una palabra de sus ademanes.

Hay un silencio. Leopoldo contempla el vuelo de las gaviotas. Una, la más decidida de todas, cruza el rayo luminoso, la espada tajante, la senda blanca del sol, y su cuerpo que intercepta la claridad pone sombras en el semblante de Leopoldo. Se diluye el rostro. Los compañeros del billar no ven sino una sombra bebiendo cerveza.

¡Cuidado! La muerte debía venir de varios modos. El sueño la traía, el sandwich y la cerveza la traían, llegaba en un cambio de trajes, en la corriente de aire, en la pulmonía fatal.

Esta vez, frente a Leopoldo, la muerte se escondió en la bola roja del billar. La muerte hizo caer la jarra de las manos del joven, hizo que la puerta se abriera y se cerrara, sin que nadie entrara al establecimiento.

—Es la casualidad, es una corriente de aire, es la bola roja que fue a chocar contra el vaso, explicaban sus amigos.

Era la muerte. Era su presencia la que rompía la jarra, la que llenaba de sopor sus ojos, la que hacía sonreir resignadamente a Leopoldo.

Todo el mundo lo sabía. Sus padres ya no sufrían. Los vecinos comentaban el fin próximo.

-Morirá, decían. Morirá, estamos seguros.

Y él vivía estos últimos años locamente, al modo de

un río que aumentara su caudal, que no pensara en el futuro, que no guardase aguas para la vejez.

La leyenda perfecciona al individuo. Leopoldo, muerto, esculpía su estatua y era el culto de su familia. Volaba ya. Viajaba por cielos alucinantes, por continentes maravillosos, por océanos polares, donde sólo con la ayuda de Julio Verne se podía llegar.

Abrió los ojos. Renacía.

—Hoy es demasiado tarde, explicó. Otro día les contaré la historia de Carmen.

Hizo un saludo general a la concurrencia. Salió a la calle. Desembarcaba.

Ese era Leopoldo.

A NTONIETA empleaba para sus relaciones con Lecpoldo un vocabulario de nodriza. Le mimaba, le arrebujaba en las tardes heladas, le gritaba cuidado por cualquier cosa.

Leopoldo se dormía en su falda. Dormido, ella mecía sus sueños. Se llenaba de ternura por ese niño flaco. Angel mío, joven perezoso, eran sus calificativos.

Le amaba mucho.

¿Comprenderéis los progresos del amor en un corazón femenino? Antonieta se despojaba de todos sus atributos para amar a Leopoldo. Se disfrazaba. El le reprochaba su calma, la circunspección de sus palabras.

El necesitaba gritos consonantes con sus propios gritos para hablar de tempestad a tempestad.

Antonieta temblaba de miedo. Prefería verle descansar en un sillón. Este último espanto, pues la inmovilidad del joven era la muerte, podía ser disipado con facilidad. Bastaba que Leopoldo se riera para que todo volviese a ser amable.

Tendido en el diván, Leopoldo parecía un envenenado. La joven le miraba, se culpaba a sí misma. Y es cierto que de la muerte por veneno ella tenía la culpa pues le refirió a Leopoldo las más incitantes historias de envenenamiento, desde el de Cleopatra hasta el producido por los champiñones.

Leopoldo se aficionó a los champiñones.

Pero, y la consolaba, ella sabía el empleo de los antídotos. Uno de estos antídotos era el laúd. Antonieta tocaba

el laúd, resucitaba a Leopoldo. Leopoldo abría los ojos. Entonces la joven, poseída de honda felicidad, cantaba en la tarde como los pájaros, para convencerse de que estaba en su nido.

Leopoldo no amaba a la joven. Antonieta lo sabía. ¿Cuál fue la razón, entonces, que la obligó a confesar su apasionamiento a Olga? Esa razón precisamente, la de saberse desdeñada. Lo confesó para violentarse, para salir de su órbita, para apresurar un desenlace.

Leopoldo descansaba, sin lograr vislumbrar la verdad, sin darse cuenta que su descanso era el trabajo de la jovencita. P EL jardín hay unas rosas que el padre se esmera en cuidar. Antonieta le espera ahí. Es ya casi la noche. Leopoldo no vendrá. Ansiosamente la joven piensa en accidentes y en enfermedades que le impidan venir. Las sombras la circundan. En el cielo se refleja el resplandor rojizo de la ciudad iluminada. Esas luces la visten de dobles tinieblas. Leopoldo no vendrá. Está muerto.

Interna, sordamente, Antonieta devora sus presentimientos.

La calle está sola.

Un susurro levísimo la sume en un mar de conjeturas. ¿Es el viento? ¿Es Leopoldo? Son ambas cosas a la vez.

Leopoldo viene. Se escucha el timbre de su bicicleta, el alegre anuncio. El corazón de Antonieta suena como un caracol marino. Desde las sombras avanza hacia las luces que trae el recién llegado.

-¿Por qué tan tarde?, pregunta maternalmente.

Leopoldo hace un gesto ambiguo. El billar le sirve de excusa. Antonieta le comprende, sonríe feliz, le toma de una mano.

-Baja, ¿quieres?

Leopoldo salta de la bicicleta. Sigue a Antonieta. Va ciego de ver las mismas cosas. Radiante, sin embargo. Como de costumbre, tropieza con el azadón abandonado en el jardín. Antonieta se ríe, lo siente mucho, no puede evitarlo. El asunto del azadón se repite en las habitaciones.

El padre de Antonieta habla de una revista de agri-

cultura a la que está suscrito, y cuyo último número no le ha llegado.

La calma hogareña ha tomado a Leopoldo por un hombro. No, no quiere la calma, busca la inquietud. El tormento se lo proporciona la luna. Por la ventana abierta se ve la luna. Leopoldo no la pierde de vista. Pero el marco de la ventana le viene estrecho. La luna corre como un cazador furtivo por un bosque furtivo, y pronto desaparecerá. El se agita en su asiento. Habla desordenadamente, la pared oculta la luna, las rosas del padre ocultan la luna, la calma de Antonieta la oculta. No puede más. Salta a la ventana. Antonieta se intranquiliza.

Frente a la ventana goza el espectáculo. El dominio que recorre la luna es ancho. Pero las casas de la ciudad la ocultarán pronto. Se vuelve a morir de impaciencia. El mar necesita, el mar para verla mejor, para verla correr toda la noche.

Antonieta se aflige. Sabe que ya nada ni nadie podrá retener a su marino. Le ve alejarse bogando por un mar tempestuoso.

¡Mejor! La tempestad ocultará la luna, la tempestad provoca los naufragios. Se agolpan los presentimientos. Con maligna fruición Antonieta piensa en estas cosas. Es mejor que muera, es preferible que descanse. Un epitafio resumirá su biografía, un cementerio indicará su fin de viaje, una piedra tumbal le preservará de todos los peligros. Antonieta se imagina depositando un ramo de rosas, cortadas en el jardín paterno, en la tumba de su muerto.

Despierta. Se espanta. Corre hacia Leopoldo.

-¡Quédate a comer! Avisa a tu casa por teléfono.

Ella quiere amarrarle con esos pueriles lazos. Para tenerle junto, una comida; para calmar la inquietud de un hogar, un llamado telefónico.

Leopoldo la mira sorprendido.

-¿Quedarme aquí?, murmura.

El padre aprueba:

-Eso es, me parece muy bien.

Pero ya Leopoldo está lejos. Vuela. Emigra, también, hacia el asilo de la luna.

Agradece la invitación. Pero ya es demasiado tarde, debe irse. Asombra a los otros con sus decisiones. Nada de silencios ni de pasos de más. Adiós, sencillamente.

Desde la reja, Antonieta le despide. Sus labios susurran palabras de adioses para ese explorador que se va a las selvas vírgenes donde mora la muerte.

Las sombras le acogen en sus manos. Llena de presentimientos, Antonieta grita entonces:

-Adiós, adiós.

Entra a su vivienda. Es preciso, pues, improvisarlo todo: una vida para Leopoldo, una aurora para las tinieblas. EOPOLDO estaba de pie sobre la cama. Apoyaba su cuerpo en las piernas muy extendidas, ya en una, ya en otra, y en razón del peso que sobre ellos caía, los muelles del somier le inclinaban en uno u otro sentido, haciendo del lecho cubierta de velero; y del niño, un marino; y un océano del dormitorio.

El vaivén hacía latir su corazón. Desde la torre de comando dirigía la maniobra. El marino de treinta y cinco años, curtido por los vientos de todos los climas y endurecido por los tifones de todos los océanos, era un niño. Profería interjecciones:

-¡Por cien mil focas! ¡Cuerpo de ballena!

Su semblante se coloreaba de impaciencia. Un mechón de pelos caía sobre su frente. Las olas pasaban ya la cubierta. Un golpe de mar casi le arrancó de su sitio. Volvía al mundo. La puerta se abrió suavemente.

Entró su madre.

—Hijo mío, dijo ésta para comprobar una vez más el parentesco que la unía a su marino, hijo mío, no está bien que te la pases todo el día dando gritos en el dormitorio. Además, tienes visita.

Leopoldo adivina.

-Es Leonor, dice triunfalmente.

La madre asiente. Leopoldo salta de la cama. Lleva aún en su cuerpo el vaivén del barco. Con este balanceo característico (un balanceo de pato, decía la madre) se encamina hacia el salón.

Leonor le esperaba de pie, como de costumbre. Al ver-

le entrar fue hasta él y le estrechó la mano vigorosamente.

En fuerza de conocerse desde tanto, estos niños se cambiaban sus malas costumbres, los sueños idénticos, los movimientos exagerados al andar, los violentos apretones de mano, los portazos y los gritos, sobre todo los gritos, con los que aturdían a medio mundo.

Leonor era amiga desde la infancia de Antonieta. Sus ojos negros lo decían, su boca lo atestiguaba. Crecieron juntas las compañeras, y Leonor creció un poco más. Era alta, casi de la misma estatura de Leopoldo. Empleaba las mismas frases de Leopoldo, leía los mismos libros que leía el joven y esto es mucho decir, pues los conocimientos literarios de Leopoldo asombrarían hasta a Alfonso Reyes; compartía sus mismos pensamientos; y sería en fin, amazona, si Leopoldo fuera soldado.

- —¡Hola, Leo!, dijo el muchacho. (Leo era la abreviatura de Leonor).
- —¡Cómo te va!, saludó a su vez la niña. No te extrañes que haya venido. Tengo que consultarte. Pero no te des importancia. No creas que te pido consejos fundamentales. Es sólo una nadería.
  - —¿De qué se trata?
- —De lo siguiente: mi mamá quiere que vaya con ella a Europa para "perfeccionar mis idiomas". Yo acepté complacida. ¿Por cuál idioma crees que debo empezar?
- —No lo sé. ¡Qué sé yo de estas cosas! Creo que debes ir a China...

Europa está en China. De ella viene el opio, la afición a las logias, el amor por los interiores suntuosos. Europa o China, esto era por esos días el sueño de Leopoldo. Para allá se iba en su pobre velero, y despertaba en su dormitorio.

—Por China o por Australia, agregó. En esos países se habla el inglés más puro del mundo, si es que te interesa la cuestión de los idiomas. —Yo quiero ir a Europa, Leo, dijo la joven. (Leo era la abreviatura de Leopoldo).

El mundo es redondo, y siempre, agregó Leopoldo, "podrás llegar a donde te propones".

Después de esta conversación, salieron juntos a la calle. La joven a su lado, no encontraba mala la vida. La sonrisa de él, la seguridad de su mutismo, sorteaban los escollos: su apostura de navegante vencía la tormenta.

Entraron en una fuente de soda. Leopoldo bebió cerveza y Leonor, agua mineral. Fueron a un cine. Allí, en la puerta, se encontraron con Eliana. Esta los recibió alegremente.

—No me traiciones con Leonor, le dijo a Leopoldo. Ya sabes que quedarás chasqueado. Leonor es una europea.

Eliana explicó el encuentro:

-Espero a Antonieta. No tardará en llegar.

Leopoldo hizo una mueca de disgusto. ¡Siempre tropezaría con ella! Antonieta se imponía la obligación de cuidarle, de defenderle, de ser su nodriza, su hada bienhechora.

De pronto llegó. Venía distraída, balanceando su cartera. Al ver a Leopoldo su rostro resplandeció feliz. Palideció en seguida. Cerró los ojos.

—Sin abrir los ojos, dijo, ya sé que tenemos companía masculina.

Se saludaron. Molestaba. Antonieta creía interrumpir un encantamiento.

Entraron al cine. Molestaba. Antonieta se sentó junto al muchacho. Quiso llevar las cosas hasta lo último, como si esa vecindad en la oscuridad de un cine no le correspondiera.

A medida que las sombras iban aflojando su antifaz de noche, y a medida que las facciones de Leopoldo se recortaban en el espacio, ella también iba calmándose, calmándose hasta el punto de imaginarse escenas buenas, amables y maravillosas.

Perfectamente, esa vez hubo alegría, sincera alegría, y para confirmarla, Antonieta se decía entre dientes:

-Estoy agradecida, muy agradecida, agradecidísima.

Leopoldo no apartaba sus ojos del rayo luminoso que atravesaba la sala oscura de parte a parte. Era esa luz la que emitía una estrella lejana, y las figuras proyectadas en el lienzo blanco del ecran relataban la historia de esa estrella. El rayo era blanco, cruelmente desnudo en su color. Migas de pan flotaban dentro. Leopoldo vivía pendiente de esa espada de luz, y fue así como pudo presenciar en todos sus detalles el milagro. Del interior de esa luz, formándose de ella y nutriéndose de su alimento de pan, salieron a volar por la sala unas gaviotas. El niño se estremeció violentamente. Las reconocía. Eran las gaviotas de la sala de billares. Pronto, a su vez, vería la isla de la litografía, aspiraría el olor del tabaco, reconocería la muerte.

Una de las gaviotas voló por sobre su cabeza, y después se posó desmayadamente en su hombro. En seguida la gaviota salió volando. Volaba con sus compañeras; volvían a la luz. Se integraron en el rayo que atravesaba la sala transportando la película, y en él se disolvieron.

Del argumento de la película no quedaba nada.

P ARA no entorpecer la buena marcha de nuestro relato, hablaremos de Olga. Ya sabemos que fue a esta muchacha a quien Antonieta confesó el secreto de su amor a Leopoldo.

En el primer instante, la joven no prestó demasiado interés al apasionamiento de su amiga. Las razones eran simples: conocía apenas a Leopoldo. Sólo le veía de tarde en tarde, cuando él iba a casa de Antonieta. Recordaba de él unos detalles mínimos, sus manos de dedos largos, su cara pálida. Y hasta le aborrecía un poco, pues le malograba bellos proyectos de excursiones con Antonieta. Además, a Olga no le preocupaba el amor. Las bicicletas ocupaban sus veinticuatro horas.

Pero en cierta ocasión, las cosas tomaron otro cariz. Y fue entonces algo así como si la tragedia los hiciera calzar a todos sus coturnos, para hacerlos seguir derroteros insospechados.

Vale la pena consignar estos hechos.

Una tarde, Olga le vio despedirse de su vecina, le vio trepar a la bicicleta y perderse de vista. Un interés maligno la empujó entonces a subir a su bicicleta y a correr por el mismo camino que seguía Leopoldo.

Pasó como un celaje frente a Antonieta, quien, parada en el umbral, inmovilizada y petrificada por el adiós reciente, no tuvo valor para reconocer a Olga, ese viento que pasaba atropellándolo todo.

Si la memoria no nos es infiel, fue un bólido negro el que cayó en la órbita de Leopoldo. Olga corría a su misma velocidad. Si fuera dado a dos trenes correr del mismo modo, los pasajeros del uno verían a los pasajeros del otro, tan nítidamente como si los trenes estuvieran inmóviles. Así veïa Leopoldo a Olga. Le sonrió y levantó la mano saludándola. El Parque apareció ante su vista. Frenaron.

Se miraron. Estaban fatigados, excitados, pero se sonrieron.

Leopoldo se acercó a ella.

-Yo la conozco a usted. Pero, ¿dónde, en qué lugar ha sido? ¿En casa de Antonieta?

Olga hizo un gesto negativo.

-¿Dónde entonces?, inquirió él.

-No se devane los sesos pensando, explicó burlonamente la joven. Recién nos conocemos.

Después de lo cual se citaron para el día siguiente en

L DIA siguiente Leopoldo no pudo concurrir a la cita. La gripe le tumbó en el lecho.

En medio de la fiebre, Leopoldo se decía:

—Yo necesito algo, necesito algo. Necesito ver a mi tio.

Y ce daba excusas a sí mismo:

—Mi tío no puede venir. Fue a la farmacia para comprar remedios. Mi tío anda de viaje, anda fuera del hogar desde hace muchos años. Mi tío no puede venir porque ha muerto.

Lloraba, sudaba a mares, tenía un sabor amargo en la boca.

Se veía de nuevo en la cubierta del barco, de pie en la cama. Se balanceaba. Las luces y las sombras seguían el vaivén suyo, mientras los muebles pasaban a una velocidad fantástica ante sus ojos. El no podía respirar. El mar respira, la tierra respira, el cielo respira. Sólo él no puede respirar. Pero no está muerto. Va viajando en una fragata; a su lado, en la torre de comando, hay un marino que le hace compañía. Es su tío, un niño como él. Se van de viaje.

OMO quien prepara una coartada, Antonieta escribió una carta anónima a sus padres. En ella les narraba la conducta escandalosa de su hija, sus escapadas misteriosas, sus citas en hoteles clandestinos y hasta, como detalle pueril, el hurto de la revista de agricultura del padre, la que hacía meses no recibía.

¿Cómo explicar esta carta anónima de la púdica, de la perfecta, de la nodriza Antonieta? ¿Qué veía ella en

su porvenir?

He aquí unas preguntas que los autores del presente relato no son lo suficientemente hábiles para explicar.

> BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA

EOPOLDO ha hecho mención durante su delirio de un nuevo personaje.

La historia, contada en pocas palabras, es ésta: un tío del muchacho huyó de la casa paterna a la edad de diez y seis años. Nunca más se volvió a tener noticias suyas. Esto ocurrió cuando Leopoldo aún no nacía. Desde entonces se mantenía la tradición de la fuga, y en la casa se reservaba su dormitorio intacto, con los mismos muebles que tenía cuando el tío de Leopoldo lo habitaba. La habitación había permanecido cerrada todo el tiempo, ahorrando las lágrimas, pues todo el mundo se hacía la ilusión que el pariente estaba de viaje.

El viajero no regresó nunca más, Leopoldo le reemplazaba. La puerta permanecía cerrada, "como un crimen", según la feliz expresión de Eguren.

Pegado a ella, mirando por la cerradura, el niño observaba el interior alucinante.

La vocación le hacía suspirar, partir. La tradición exigía más muertos. Una fuga no alcanzaba a satisfacerla.

Los padres sabían que, tarde o temprano, Leopoldo seguiría a su pariente. Leopoldo era el heredero de una riqueza convertida en sal por el mar, el heredero de sus lágrimas, heredero del traje blanco que la muerte cose sobre los náufragos, y el niño un día iría al mar para ponérselo.

Y es por estos niños que el mar se sume en un mar de conjeturas.

S ALIDO de la gripe, con dos centímetros más de estatura, Leopoldo decidió visitar la habitación maravillosa. Los padres no le contradijeron.

Una tarde, al anochecer, cumplió sus propósitos. Con firmes pasos llegó hasta la puerta, la abrió, la cerró tras sí, encendió la luz y se situó frente al misterio.

Observaba curiosamente cada detalle. El lecho de retorcidas columnas parecía esperar a su dueño, así como la mesa llena de libros de aventuras, la lámpara, la cómoda y los dos cofres donde guardaba sus secretos. Las litografías clavadas en las paredes también parecían aguardarle. Había litografías de barcos a vela y litografías de actrices.

Todo se conservaba igual. Por un instante, Leopoldo tuvo miedo que la puerta se abriera y entrara Leopoldo (pues ambos, tío y sobrino, tenían el mismo nombre), y le interpelara afablemente.

Se tendió en el lecho y apagó la luz de la lámpara. Le esperaba. Pronto una claridad sobrenatural bañó la habitación con fosforecencia de fuegos fatuos. Y de nuevo la espada blanca, la misma espada de la sala de billares y la del cinematógrafo, apareció en el cuarto, cayendo desde la alta ventana hasta la cama donde reposaba el niño.

Esta vez el golpe fue certero. Sintió que la espada le atravesaba lentamente el corazón. Era un rayo de luna. Moría, su corazón manaba sangre blanca. De improviso, una mano apretó la herida. Leopoldo sabía qué mano era ésa, qué mano le vendaba la herida y se la cicatrizaba. Era la mano de su pariente, el emisario de la luna, el venido del mar.

EJAD que expliquemos los hábitos de Leopoldo. En las tardes, después de una siesta prolongada y de un baño caliente, el joven abandonaba su casa en busca de sus amigas. Los padres, desde el umbral, le despedían:

-Adiós, adiós.

Y este adiós significaba: cuídate, cuídate.

El se iba en su bicicleta. Volaba. Iba en seguimiento de Olga. La muchacha corría, hecha una loca, por el sendero. Volaba junto a él. Era su compañera. El la miraba agradecido. Olga también se aficionaba a Leopoldo. Con familiar rudeza le echaba en cara sus defectos:

—Eres informal, fumas demasiado; juegas demasiado al billar; bebes demasiada cerveza; y además no trabajas.

Una mañana, Olga le dijo:

—Tengo una sorpresa para ti. Vamos ahora mismo a visitar a mi tío.

Leopoldo prestó atención:

- —¿Un tío? No me fío mucho de esa clase de personajes. Yo tenía uno y se fugó de la casa cuando era niño.
- —El mío no es así, replicó Olga. Tiene cuarenta años y es muy serio.

Era la edad del tío de Leopoldo.

-Quiero conocerle inmediatamente, exigió el mucha-

cho. Vamos allá.

El tío vivía en una quinta en los alrededores de la ciudad. El mismo fue quien abrió la puerta. Al ver a Leopoldo no pudo reprimir una exclamación de sorpresa.

-¡Usted es idéntico a un amigo de mi infancia!

-Era mi tío -explicó Leopoldo sin vacilar.

Y entre ambos aclararon toda la historia.

—Celebro conocerle, dijo Alfredo. Nosotros éramos amigos íntimos. Yo iba a huir junto con él.

Dijo esto sonriéndose. Leopoldo se desconcertó.

—Ibamos a partir al amanecer. Yo fuí el impuntual. Me quedé dormido y se fue solo.

¡Qué amable incidente! Se quedó dormido. Cándida, infantilmente dormido. Y nadie podría reprocharle ese sueño.

Olga no intervenía en el asunto.

A NTONIETA espera a Leopoldo, aunque sabe que ya nunca más volverá a su lado. Le espera ansiosa de mortificarse hasta la exageración.

La joven ha cambiado mucho. Ya no es la Antonieta que asistía al cine o a los conciertos, o la que corría en bicicleta, o la que conversaba con Leonor de los graves temas de la infancia.

Está sola. Perdida para ella misma. Pero aún sus hábitos de nodriza la impulsan a proteger a Leopoldo hasta el final.

Está decidida. Para librar al niño de la muerte, esta mujer atraerá la muerte sobre sí.

En un ramo, las flores constituyen un verdadero mundo, con venganzas, con odios feroces, con amores intensos, con amistades eternas, aunque a simple vista engañen con su tranquilidad vegetal. Nosotros nos asombramos de encontrar en un jarrón con abundante agua una rosa marchita, cuando las otras flores están hermosas y lozanas. No sabemos hasta qué punto impera en las flores la ley del sacrificio. No sabemos que una rosa muere para darle toda su parte de aguas a un clavel sediento que ya se ha bebido la parte suya.

Está decidida.

Se matará, se morirá, se irá del mundo antes que Leopoldo, para que éste pueda permanecer un minuto más en este mundo.

Pero aún le espera en el jardín de su casa. Bien sabe cuán pueril es su actitud, pero le aguarda.

Creemos haber escrito esta crónica de 1929 sólo para hablar de esta espera, de esta espera desesperada. A PUERTA del escándalo está siempre abierta. Antonieta recurrirá, para tomar ventajas a la muerte de Leopoldo, a un suicidio premeditado. El motivo será la cólera de los padres. Inventará repugnantes historias (lascivas, decía ella), para que sus padres la expulsen de la casa y de la vida. Y ése, y no otro, será el pretexto de su suicidio. Esta púdica jamás confesaría un suicidio por amor.

Dejó cartas abiertas a la vista de sus padres, cartas escritas por ella y dirigidas a ella misma, en las que se describían lúbricas aventuras, de una procacidad y de una evidencia tan manifiesta que, por fin, un día la tempestad estalló en la casa.

E L ENCANTAMIENTO de Olga y Leopoldo se realizaba sobre dos tiempos: sobre veinte minutos, ronda por la ciudad, y sobre treinta y cinco minutos, visita al tío Alfredo.

Este último encantamiento complacía extraordinariamente a Leopoldo. Se mostraba impaciente por partir, se enfadaba con Olga por cualquier motivo, si ella se retrasaba.

Para la joven todos los viajes eran idénticos. El menor de ellos le prometía un resultado encantador. Bastaba ir al lado de Leopoldo para que el mundo le pareciera amable. Pero también, si inquiriese con atención, respondería que el viaje donde Alfredo llenaba todas sus aspiraciones.

Alfredo ejercía un secreto dominio sobre ambos. Los atraía con su vida solitaria, con su casa misteriosa.

A su vez, los muchachos ejercían sobre él igual influencia.

De Antonieta nadie se recordaba. Sin embargo, no dejaremos de consignar un hecho curioso. Es éste:

Por el tiempo que la joven manifestó la resolución de amparar a Leopoldo de la muerte con su propio suicidio, Leopoldo sentía actuar sobre su vida influjos extraños. El no los reconocía, pero, de todos modos, eran evidentes.

Leopoldo sólo advertía las consecuencias. Ya no se aficionaba como antes con la idea de partir, ya no pensaba con fruición en la muerte, ya no jugaba al billar, no bebía cerveza, no fumaba, no comía champiñones, no tenía mala cara.

Se acostumbraba a la vida familiar, se complacía en

trazar planes para el futuro (en los cuales asociaba a Olga), y si visitaba a Alfredo lo hacía sólo por el sentido de la amistad, por conversar con una persona agradable.

Los padres se maravillaban con la conducta de su hijo. Eran inhábiles. No podían darse cuenta que el cambio de Leopoldo era la última gota de aceite de la lámpara.

Sólo Antonieta estaba en el secreto. Su sacrificio, pues, se tornaba cada vez más necesario.

Esa tarde, los dos muchachos empleaban el encantamiento de los treinta y cinco minutos.

Era un día grisáceo, un color recién estrenado. El viento ama esa clase de días, porque entonces puede dar rienda suelta a sus cálidos instintos. El viento corría junto a los niños, los vestía con un traje invisible. El cielo mismo lucía un traje nuevo. La naturaleza estaba pintada de nuevo. Los niños corrían veloces.

El camino pavimentado, húmedo y reluciente, tornaba peligrosa la carrera. Además, a cada instante pasaba un automóvil o un camión. Aparecían súbitamente, se echaban encima de las bicicletas y desaparecían. La muerte arrojaba sobre los niños sus mejores armas.

Pero Leopoldo y Olga pueden volar tranquilos. Antonieta les defiende. Los niños, sin embargo, no se lo agradecen. No saben de donde proviene esta custodia.

Leopoldo se toma de un camión y se deja arrastrar. Su mano que se sujeta a un gancho aumenta de peso.

Olga queda atrás. Pronto es un punto negro en el fondo de ese cielo gris. Es una gaviota que vuela por ese cielo. Una gaviota. El cielo se carga de nubes, se viste de negro, anunciando la desgracia. La gaviota es blanca. La gaviota transporta la muerte, porque habla de viajes a lejanos países. La gaviota va a alcanzar a Leopoldo, va a posarse en su hombro.

Leopoldo se sumerge en un mar de cavilaciones. ¿Debe huir del hogar, debe viajar, debe morirse? Pero, de pronto, ya nada le intranquiliza. Al frente queda la quinta del tío Alfredo. ¿Del tío Alfredo? ¿Del tío Leopoldo? Lo mismo da. Ahí encontrará un refugio para su vida que él imagina atormentada.

No. No. Es mentira eso. Al frente también queda la muerte. Al frente suyo, en esa quinta, hay un señor que le espera para hablarle de viajes. Y el viaje es la huída, el adiós a la familia, la muerte.

Nuevamente a Leopoldo le sitian dos peligros. Atrás, una gaviota agorera vuela mortal. Al frente, un petulante señor le incitará a la muerte.

Leopoldo vacila, inclina la cabeza. La bicicleta rechina, se tambalea: Leopoldo se ha soltado del camión.

Va solo, guiado por sus presentimientos, como un salvaje. El camino se bifurca. Leopoldo toma al azar uno de ellos y llega a la casa de Alfredo.

Este le recibe con alegría. No se asombra de la palidez que se ha puesto encima de la propia palidez en el rostro de Leopoldo.

Le pregunta por Olga.

—Olga quedó atrás, responde fanfarronamente. No puede correr tan rápidamente como yo.

—Vamos a encontrarla, dice Alfredo. El camino está húmedo y resbaladizo, y puede haberse caído. Además, hay muchos automóviles desatados.

Leopoldo le mira.

-Está bien, dice. Vamos a buscarla.

Echan a andar por el camino. A pesar de sus preocupaciones, Leopoldo no deja de sentirse feliz al pensar en su tío Leopoldo, y al imaginarse que va andando con él, por el camino, para siempre. si- xbore mithers) which he was entitled to

Para la buena marcha de nuestra narración, explicaremos aquí, brevemente, cómo sucedió la desgracia: Ustedes recordarán que Leopoldo distanció a la muchacha un gran espacio de terreno, merced a la argucia de dejarse arrastrar por el camión.

La niña le vio alejarse auxiliado por esas alas. Se molestó un tanto por la superioridad de recursos que demostraba poseer Leopoldo. Se propuso imitarle. Siguió su marcha a regular velocidad para aguardar la pasada de un vehículo. Pronto vio satisfechas sus esperanzas. Un camión pasó como un celaje. Soltó entonces una mano del manubrio y se tomó de un saliente del vehículo. Hizo el movimiento con mala fortuna. La mano no logró asirse bien y un movimiento brusco del camión la obligó a soltarse. La bicicleta se tambaleó con vaivenes locos, y la joven no pudo recuperar el equilibrio. Se vio arrastrada al suelo. Cayó. La bicicleta saltó lejos. Un automóvil que venía detrás, a pocos metros de distancia, no pudo frenar a tiempo y en tan corto espacio. El parachoques golpeó brutalmente el cuerpo de Olga. Ella inconscientemente, tuvo aún energías para incorporarse y para preguntarle al conductor del automóvil:

### -¿Qué me ha sucedido?

Solícitamente el conductor la tomó en sus brazos y la subió en el coche. Metió también la bicicleta y, precedido por el camión, cuyo conductor había presenciado la tragedia, llevó su automóvil hasta la Asistencia Pública.

Era ya inútil todo. Olga murió en contadas horas.

Llovía a torrentes y, a través del espeso velo de aguas, a Leopoldo le pareció ver una mancha de sangre en el camino, la que la lluvia se empeñaba maniáticamente en borrar. Alfredo, quien buscaba también a la muchacha, nada vio de esa sangre. Leopoldo no quiso decirle una palabra, tratando de alejar la evidencia, de este modo, hasta donde fuera posible.

ABLAREMOS ahora de Antonieta y de su suicidio.

Nos asusta la idea de desagradar a ustedes hablando de estos asuntos, pero el interés de la crónica así lo exige y, por lo tanto, explicaremos en pocas palabras, para no abusar de nuestros lectores, el trágico final de esta otra amiga de Leopoldo.

La muerte caía a su alrededor sin alcanzarle. La muerte o el desaparecimiento. Primero fue Leonor la que partió de viaje; después el casamiento de Eliana, un detalle que sólo consignamos ligeramente, porque no agrega ni quita nada a esta historia; después el trágico accidente de Olga y, por último, el suicidio de Antonieta. Como se ve, de estas amigas sólo sobrevivía Carmen. En un próximo capítulo referiremos lo que el destino deparó a esta joven.

El veía cómo el agua disminuía de nivel y, con angustia creciente, consideraba que un día le faltaría su bienhechor refresco. Tenía que reservar, hasta donde fuera posible, su caudal.

Antonieta le permitirá vivir otro poco con su muerte. Ella se suicidará, morirá, no escribirá cartas al juez. Sus lágrimas escriben la más hermosa y conmovedora de todas las cartas de amor. Su boca, sus labios, su sonrisa educada en las monjas, la firman.

Y, sin embargo, esta carta de amor es una carta de nodriza.

"Cuídate mucho, le dice, no salgas de noche, toma las medicinas, no vayas al billar, no fumes, no bebas cerveza, trabaja, estudia mucho".

Estas son sus últimas recomendaciones de nodriza. An-stonieta no deja nada por resolver, ningún vacío. Está tranquila. ¡Buen viaje, Antonieta! Ella está en el jardín, esperando, sin embargo, esperando hasta el último minuto.

A LA MAÑANA siguiente estalló la tempestad en la casa. El motivo fue bien simple. Los padres inquirieron a la joven sobre las razones de su conducta. ¿Dónde se quedaba hasta tan altas horas de la noche? ¿Y quiénes eran esos hombres que le escribían esas cartas tan repugnantes?

Antonieta contestó con una impertinencia.

¿Querían conocer la causa de su cambio? ¿Querían saber la verdad? Pues bien, se las diría. Inventaba fantásticas historias, y se las relataba a sus padres, velozmente. Estos no querían creerla. Veían un rostro de heroína, una boca que hablaba, sus oídos no querían admitir lo que escuchaban, la verdad resultaba del colmo del escepticismo.

Esta mujer de blanco vestido y de suelto pelo era una cómica, una actriz del cine de 1913. No se la podía creer. Era preciso no creer la verdad.

Pero la joven daba explicaciones, aducía razones, los deslumbraba con el peso de la revelación.

Ella hablaba con la voz enronquecida de las rameras. Sus padres la veían deslizarse por la habitación, sin tocar el suelo, con una copa de vino en la mano, con el pelo destrenzado, con los ojos rojos por la orgía. La escuchaban relatar cínicamente sus experiencias de burdel. Hablaba de amores pecaminosos, de placeres prohibidos, de lúbricas entregas.

Pero ya no tenía más verdades que inventar. Sus sueños se habían secado.

Corrió a su cuarto, se acercó a la cajita donde guar-

daba el veneno, la abrió, lo sacó y, con un adiós Leopoldo, lo engulló rápidamente sin meditar en lo que hacía.

Ahora estaba maquillada para la muerte. Volvió a la escena. Miró a sus padres, y todavía era posible que les confesase toda la verdad. Pero esta gran tímida nada dijo. Abrió la puerta de calle y salió.

El veneno le hacía arder el estómago. Sentía una ola de acero hirviente agitarse dentro, circular por sus venas, quemarle el corazón.

En la esquina se vio obligada a detenerse. Los transeúntes pasaban y pasaban, sin comprender nada.

Mortal palidez cubría su semblante. Su frente estaba empapada de sudor. Sus piernas vacilaban. Temió caer ahí mismo y, haciendo un poderoso esfuerzo, logró recuperarse un tanto y seguir adelante, lentamente.

Era la suya una muerte pública, una muerte al aire libre.

Absurdos pensamientos la invadían. Su cerebro trabajaba como una máquina entregada a su propio instinto. Pero sólo un nombre se hacía idea en ella:

-Leopoldo, Leopoldo, Leopoldo.

Entró, sin proponérselo, a un edificio destinado a oficinas de negocios. Ocupó el ascensor. ¿Cuánto tiempo había deambulado por las calles? Ella no lo sabía. Sólo sabía decir:

-Leopoldo, Leopoldo, Leopoldo.

Fue un viaje encantado.

Antonieta subía a la muerte por el ascensor. Subía a su muerte.

Sonreia.

El ascensor seguía su marcha. Y ya Antonieta no está sola. La acompañan sus amigas íntimas en este trayecto aéreo. Conversan.

Ellas se ríen, le dicen que Leopoldo se casará con ella y que fundarán un hogar eternamente dichoso.

Antonieta se encanta y se conmueve con estas palabras de sus amigas.

Pero ya sus compañeras no hablan de Leopoldo, hablan de negocios. Ya no son sus compañeras, son oficinistas que van en un ascensor.

¿De qué conversan? ¿Por qué han cruzado las líneas telefónicas? ¿Por qué han interrumpido este coloquio admirable de la infancia?

Antonieta cae al suelo. Todos los oficinistas se precipitan a recoger un cadáver.

Murió entre el tercer y el cuarto piso, aunque otros aseguran que el deceso ocurrió entre el cuarto y el quinto.

L LIRIO tiene la conciencia tranquila. Nadie debe extrañarse, por lo como de costumbre. trañarse, por lo tanto, que Leopoldo juegue al billar

Es el mismo océano, el mismo sueño, idéntico su ademán fanfarrón.

Olga le ha prestado un servicio con su muerte; así como Antonieta con su suicidio; Leonor con el viaje; y Eliana con el casamiento.

El muchacho explica estas cosas a sus compañeros de billar.

-Muy buenas personas, dice agitando el remo. Eran muy buenas personas.

Prolonga la frase hasta la exageración. Saborea los recuerdos. Ha vuelto a recuperar su vida de costumbre. Bebe cerveza. Tiene mala cara. Unas sombras le rodean.

Ahora está de pie en la costa, al borde del mar, al borde del billar, dispuesto al viaje. Se marchará sin que puedan detenerle.

-Se irá, se morirá, piensan sus compañeros.

El lo sabe. Se sonrie. Agita el remo.

-Adiós, dice.

El humo de los cigarrillos ascendía como la burbuja de la respiración de un nadador sumergido, hacia la superficie.

El bullicio era ensordecedor. Exclamaciones, gritos de bienvenida, juramentos, peticiones de cerveza, cruzaban el recinto. Los cuerpos celestes, las bolas de marfil, se entrechocaban sordamente. De pronto, un mundo mayor pasaba rumoroso por el firmamento, caía en una ciudad de altos edificios, devastándola: era el palitroque.

Leopoldo sentía su cabeza pesada por esa atmósfera viciosa, tal vez viciosa en el primer sentido de la palabra, cuando equivalía a placentera.

El humo de los cigarrillos revelaba aún más la espada de los reflectores. Era una verdadera lluvia de espadas. Sus compañeros de billar recibían también ese bautismo invisible, sin comprenderlo. Veían la isla de la litografía, y sabían que era una isla con nombre y todo. Sólo las gaviotas que volaban lánguida y agoreramente en el cerebro de Leopoldo, escapaban a su comprensión, pues no las veían, sólo las escuchaban de labios del niño.

Leopoldo veía el vuelo de estas mensajeras de la vida y de la muerte. Veía la isla. Quería dormir, partir hacia el descanso insular y, sin embargo, no se decidía a emprender el viaje.

Se consideraba como un niño muy infeliz. Sus ojos le ardían por el humo de los cigarrillos que hacía irrespirable el ambiente. Las lágrimas brotaban sin que él las pudiera impedir. Solamente cuando llegaban a sus mejillas, se las limpiaba.

Sus compañeros observaban al niño, curiosamente y un tanto conmovidos.

Leopoldo, de pie frente al océano, con el remo en una mano, se secaba las lágrimas con la otra.

Era un niño. Sus camaradas de juego se llenaron de infinita compasión. Le rodearon, inquiriendo cariñosamente el motivo de su pesadumbre.

—Nada, no es nada, es el humo, se disculpaba Leopoldo. Dejadme en paz, sigamos jugando.

Los compañeros accedieron. Sin embargo, no se podía mantener la situación. Leopoldo soltó el remo y salió velozmente del establecimiento. A FUERA, el aire fresco le calmó y le compuso otra vez. Las lágrimas se secan a la intemperie.

Leopoldo desembarcaba. Como de costumbre, quiso ir a buscar el reposo donde Antonieta.

El recuerdo de su suicidio volvió a él entonces, y la palidez se adueñó de su semblante.

Tenía mala cara. De nada sirvió, pues, el sacrificio de sus amigas: la muerte sabe esperar hasta la última gota de agua.

El aire frío de la noche le despertó. Sus ojos observaban la noche hasta saciarse de ella. La noche entreabría sus vestidos.

Y he aquí lo que sucedió:

Pasaba Leopoldo por una calle solitaria. El eco de sus pasos comprobaba la soledad. Iba rápido, exagerando su marcha de un farol a otro, silbando como para convocar las estrellas en un mismo sitio, silbando un tango para que no se interpretara de mala manera su convocatoria.

Las estrellas comprendieron su llamamiento, y la vía láctea se hizo visible.

Y esta fue la visión: Leopoldo pasó frente a una ventana abierta, e instintivamente miró hacia el interior. Una mujer estaba en el cuarto, muy cerca de la ventana. Una mujer que esperaba algo. Una mujer acaso inventada por el amor. Su rostro, ceñido por las negras trenzas de su cabellera, parecía flotar, como una estrella, en la oscuridad de la habitación.

La ventana estaba protegida por rejas. Desde el fondo de la Colonia, desde el tiempo de los encomenderos, de las doncellas católicas, de los corsarios, venía esta mujer a esperar al joven. Y algo de este rostro le hizo recordar a Antonieta, razón por la cual Leopoldo pasó rápidamente frente a la ventana, para que sus lágrimas no volvieran a brotar. ARMEN no había llorado nunca. Lloró conmovida al escuchar la invitación de Leopoldo.

Este procedió maquinalmente. Tropezó una tarde con la muchacha, y el recuerdo de sus otras amigas se le vino a la cabeza. Disimuló su emoción y se acercó a la joven con naturalidad.

—Carmen, le dijo, tengo una invitación para ti. Acompáñame al concierto.

—¿Desde cuándo esas aficiones musicales?, le interrogó.

—Desde que te conozco, respondió prestamente Leopoldo.

Carmen se hallaba perpleja. De sobra sabía ella el horror instintivo de Leopoldo hacia la música y, como él mismo lo confesara, su preferencia por la letra de los tangos.

Sin embargo, el estupor de la joven hubiera aumentado si hubiera sabido que Leopoldo la amaba. Y así era en verdad. Leopoldo amaba a Carmen. Amaba por primera y por quinta vez a la muchacha. Antes la había buscado en Eliana, en Leonor, en Antonieta y en Olga. Pero esos amores eran simples ensayos antes de la definitiva elección.

Sin embargo, una vez sentado en el teatro, mientras la orquesta cambiaba por canción de cuna la voz de la muerte ordenándole partir, Leopoldo volvió a pensar en el ramo de flores. Así como en un jarrón se ven mustias las rosas porque han dado toda su parte de aguas para que sobreviva un clavel, así Leopoldo volvia a ver a Carmen como la última de estas rosas, tendiendo a él el agua de la

vida. Y entonces, se inclinó a la joven, y le murmuró al oído:

-Adiós, tengo que irme, me aburre el concierto.

Carmen volvió el rostro, afligida y decepcionada. Perdía a Leopoldo. Ella comprendía esto instintivamente. Sólo las razones se le escapaban. ¿A qué atribuir la deserción del joven?

-A mi falta de interés, fue la única explicación.

Carmen no insitió más. Veía a Leopoldo aprontándose a partir, agitando la mano para decirle adiós. Nadie le restituiría jamás a la tierra.

-Adiós, murmuró la joven.

Concentró su atención en la orquesta. Gracias a un poderoso esfuerzo de su voluntad, no retuvo a Leopoldo ni con una mirada ni con un gesto suplicante.

Leopoldo atravesó la sala rápidamente, escoltado por las miradas furiosas de los impacientes melómanos. Sus pisadas fueron el escándalo y la sensación de la temporada.

MIENTRAS caminaba por la ciudad, a altas horas de la noche, pensaba en sus pobres amigas muertas, perdidas o dispersas por su culpa. Pensaba en Carmen. Sabía que, tarde o temprano, la joven debería morir por él, para darle sus días para que los viviera. Se lo agradecía:

—Te lo agradezco, Carmen, estoy agradecido, agradecidismo. Pero no debo aceptar tu sacrificio. Te amo por encima de mi muerte. Prefiero separarme de ti, para que vivas. Vive dichosa, no te sacrifiques por mí. Este es mi sacrificio.

Leopoldo había huído del teatro del crimen. Su víctima lloraba. El huía para salvarla. Y en vez de agradecérselo, la víctima le llamaba, le abría los brazos, le mostraba el corazón.

Pero Leopoldo no regresó para ejecutar el crimen. Y no le importaba que el tribunal se lo tuviese en cuenta.

E L MUCHACHO emplea en este momento el vértigo de los treinta y cinco minutos. Corre en bicicleta a casa de Alfredo. Quiere sostener con él una última entrevista acerca de ese famoso pariente que huyó de la casa a los diez y seis años.

Pero no le encuentra. De sopetón, la vieja criada de la casa de Alfredo le informa que éste ha salido de viaje, a México, y que no regresará sino dentro de algunos meses.

Leopoldo ve en este viaje una mala noticia para él. Pero no acierta a comprender la razón de sus presentimientos. Sin embargo, su rostro, no su corazón, se mantiene inmutable. Se despide cariñosamente de la vieja criada, vuelve a subir en su bicicleta, y regresa por el mismo camino. Por este mismo camino, por donde Olga y él corrieron tantas veces como hechizados.

Al pasar por el sitio preciso donde la joven fue a estrellarse con la muerte, Leopoldo cerró los ojos para no ver el cuerpo de ella tendido en el camino. Un dolor enorme le remeció como a un árbol. Por falta de espacio no hablaremos de estas cosas. OS PADRES acercaron el objetivo a sus ojos. Creyeron que, de este modo, la afición de su hijo por los viajes se atenuaría. El encuentro con el mar no hizo sino aumentar las olas.

El veraneo fue para el muchacho el ensayo general de la fuga. Corrigió hasta el último defecto, aceitó los goznes de todas las puertas.

Era el mar, por fin. Estaban la víctima y el victimario frente a frente. Y además estaba el agente ideal, aquel que iba a permitir todas las salidas.

Porque hasta entonces, si de fuga se trataba, Leopoldo no tenía de esta fuga sino una noción literaria, una reminiscencia bibliográfica de Emilio Salgari o de Julio Verne. Ahora no, ahora se trataba de una fuga con barco y todo.

Este agente ideal se llamaba Ricardo. Era éste el hijo de una caleta de pescadores, de una caleta, más que de una familia. Moreno, robusto, hermoso, Ricardo era un ser libre de todo lazo humano, un ser que deambulaba, como una ola por la tierra, filtrándose en todas partes, dando con su presencia una nostálgica idea de la libertad.

El fue quien puso a Leopoldo en contacto con el mar.

—Yo soy amigo de muchos marineros de un barco mercante que hace el tráfico entre este puerto y Panamá. Me han prometido llevarme a bordo desde el próximo viaje. Me es muy sencillo conseguir otra plaza de grumete para ti.

Leopoldo aceptó agradecido; estaba ya pisando el umbral de la aventura. —Nuestras posibilidades, explicaba Ricardo, son las de desertar en Colón y enrolarnos en otro barco. Así, de barco en barco, de deserción en deserción, conoceremos el mundo entero.

Leopoldo se sentía protegido por ese niño audaz que ponía todos los océanos al alcance de su mano.

—Cuando se anuncie la llegada del barco te escribiré, y tú debes venir inmediatamente al puerto.

Al separarse, Leopoldo se dirigió rápidamente al hotel donde vivía con sus padres. Llegó a su cuarto, se subió a su cama, y de pie en ella estuvo balanceándose un largo rato. Su galeón ya se deslizaba por el tumultuoso océano en busca de la tranquila isla. Este narciso fanfarrón oscilaba entre sonrisas, pues creía que con su fuga despistaría a la muerte.

I Jarima noche, la noche por excelencia. Los últimos sueños antes de la realidad absoluta.

Mañana, el viaje. El barco ha llegado. Debe partir, Ricardo le ha escrito: "El capitán ha accedido a llevarte, pues le he dicho que eres un niño huérfano y pobre como yo, aquí te prestaré un traje mío, porque debes disfrazarte para que nadie advierta nada".

Leopoldo entra en el dormitorio de su tío. Cierra la puerta. Está solo. Inspecciona la habitación. Todo está igual. Las fotografías de las actrices tienen un aire de familia con sus amigas. Leopoldo las recuerda. Un rayo de luna entra por la ventana y cruza la habitación de parte a parte. Y en esta luz de luna, él ve deslizarse a sus amigas, reclamando su parte de desvelos, su parte de muerte, su parte de amor. Leopoldo vuelve a ser el narciso. Se sienta en un sillón. Una sonrisa de fanfarrón dominio aparece en su rostro. Está complacido. Reposa. Echa la cabeza hacia atrás. Se adormila. Los adioses de sus amigas le encantan. Se adormece oyéndolos.

-Adiós, adiós, musitan ellas.

Ellas danzan en la habitación con suaves movimientos de bailarinas. Hacen amable su última noche. Sus semblantes no imponen a Leopoldo ni la sombra de una tristeza.

Eso deseaba Leopoldo: que nadie le atara, que le dejaran seguir libremente su curso, que no le atormentaran con lamentos.

Sus amigas comprenden estas cosas. Ahora se sientan en los cofres (hay dos en la habitación), encima del escritorio, en los escabeles, y transforman esta noche de espera en noche de tertulia.

Conversan familiarmente.

Se han convocado ahí para distraer a Leopoldo, para hacerle olvidar sus quebrantos.

Antonieta ya no habla de medicinas ni de frazadas, sino de besos y abrazos.

Leonor refiere sus viajes por Alemania, pues se ha decidido a estudiar el idioma alemán antes que ningún otro.

Olga permanece en silencio, se limita a observar tiernamente a Leopoldo, como si no se saciara nunca de mirarle.

Eliana aclara minuciosos detalles de su matrimonio, tranquila, domésticamente.

Carmen va donde las otras amigas, una por una, solicitando silencio, pues cree que Leopoldo está dormido.

El muchacho protesta:

—No, no estoy dormido (y sin embargo lo está). Hablen, canten, bailen, quiero que ninguna de ustedes desaparezca.

Las jóvenes obedecen; las voces suben de tono, sus corazones añaden sus latidos al corazón exangüe de Leopoldo, para hacerlo latir unos instantes más.

Leopoldo se duerme, más dormido de lo que está, si esto se pudiera decir. El rayo de la luna besa su semblante.

Y ahora estas cinco muchachas, estas conmovedoras cinco muchachas, están unidas por el sueño de Leopoldo. Cuando él muera, se disgregarán otra vez. Por esa razón, todas ellas están interesadas en que duerma su radiante sueño de niño. Su último sueño antes de morir.

Duerme Leopoldo.

La vida se ha detenido en este dormitorio para siempre.

¿Quién duerme al fin? No importa averiguarlo. Un niño duerme. El mismo niño, el mismo héroe misterioso de los sueños. Es el niño de hoy, y el niño de ayer, y el niño de mañana, el que reposa en este dormitorio. —Adiós, Leopoldo, adiós para siempre, dicen sus amigas.

Salen en puntillas del cuarto. Van tristes y alegres, pues, aunque la aurora las disperse, esta noche las ha mantenido misteriosamente unidas frente a un niño dormido.

Leopoldo entreabre los labios para modular unas palabras de despedida. No puede conseguirlo. Su corazón le pesa mucho. Y está durmiendo.

Sus compañeras salen, al fin. Dejan al personaje solo en la escena. La historia ha concluído, la vida ha terminado. Y este debería ser el punto final de nuestro relato. Pero Leopoldo avanza hacia los espectadores para recitar el prólogo del nuevo drama que comienza. Porque los dramas que tienen relación con la infancia, no empiezan ni terminan nunca.

the control of the co

OS PALABRAS todavía. Dos palabras más y terminamos.

Estamos en la aurora convenida por Leopoldo para partir. Es una aurora cualquiera de un día cualquiera, de un mes cualquiera. No hablamos de los años ni de los siglos porque sería demasiada exactitud tratándose de un sueño.

Pero esta aurora pasa muy rápidamente. Ya no es la aurora, ya es casi el mediodía. ¿Y Leopoldo? ¿No debía partir en esta aurora?

Los padres cruzan en silencio el corredor, frente al cuarto cerrado, para no interrumpir el sueño de Leopoldo.

Pero ahora se inquietan. Este sueño no es normal. Ya la tarde declina, Leopoldo aún no ha salido del cuarto.

Y entonces, llenos de presentimientos, se precipitan contra la puerta cerrada, y la abren. Más les hubiera valido no haberla abierto nunca, pues, ¿hay corazón humano que pueda presenciar, sin hacerse trizas, este horrible espectáculo que ahora se ofrece a sus ojos?

## ADIOS A LA FAMILIA

de Braulio Arenas

se terminó de imprimir el día cinco de agosto de mil novecientos sesenta y uno en los Talleres de Arancibia Hnos., calle Coronel Alvarado 2602, Santiago de Chile.